

VIC-SAU

Y SU PARADOR



PARADOR DE VIC: CIUDAD EN SANTOS LETRADA

... “La razón y la experiencia enseñan que para formar cabal concepto de una pequeña comarca y poderla describir tal como es, desde el aspecto material y el moral, es necesario estar familiarizado con la lengua, pasar allí larga temporada, abundar de relaciones, estar en trato continuo, sin cansarse de preguntar y observar. No creo que haya otro medio de adquirir noticias exactas y formar acertado juicio”.

Jaime Balmes

Í

nsistidos hacia el sur por el frío glaciar del cuaternario, los neandertales de Centro Europa hallaron la dificultad de los Pirineos; unos pocos la superaron, otros se refugiaron en los valles, y el resto siguió adelante. De aquellos adelantados que se internaron por el futuro territorio ibérico, buena parte, seducidos por las facilidades que el llano les brindaba para cazar, fijó por allí su residencia. Eran hombres de frente baja, fuerte complexión y rasgos culturales adaptados a las álgidas calamidades. Todavía aferrados a las cavernas, buscaron el socorro de la piedra (cuevas de El Toll, en el Moianés). El esqueleto de uno de los suyos ha sobrevivido hasta nuestro tiempo. Murió en la Roc del Migdia, hace 11.500 años; es la mujer más vieja de la región.

TIERRA DE DIOSAS

L

a comarca de Osona, con La Plana de Vic esparcida en el centro, es, desde casi entonces, lugar de paso, pastos y cosechas. Las deidades allí adoradas entonces evolucionan con los tiempos acomodándose a una nueva realidad en la que los fenómenos naturales dejan de inspirar temor. Un culto de orden práctico da lugar a los primeros iconos antropomorfos; las Venus. *La diosa de Gavá*, hallada en las minas de Can Tintorer, representa a una mujer con una espiga en el vientre. Datada entre 5.500 y 6.000 años, es la pieza femenina más antigua de la península Ibérica, uno de los más primitivos ejemplos de culto a la fertilidad.

La madre tierra responde a las plegarias de las tribus que la imploran con buenas cosechas. Mujeres y hombres se aclimatan, retoñan y echan raíces, conformando la primera población nativa de las llanuras. A partir del año 1300 a.C. empiezan a surgir los poblados con casas de planta rectangular distribuidas en calles.

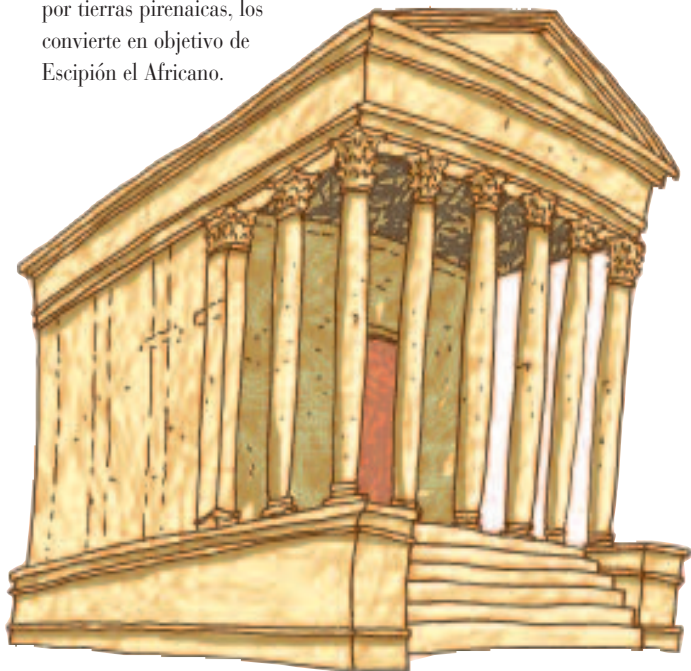
Las fecundas visitas de pueblos mediterráneos, recibidas por las gentes del lugar a partir del siglo VI, hicieron el resto: el pueblo ausetano había nacido.

Vecinos de los indigetes (en el Ampurdán), los ceretanos (en la Cerdaña) y otros pueblos históricamente considerados íberos, el país ausetano tuvo su desarrollo en la Plana que hoy conocemos con capital en Ausa, actual Vic.

De la original sede ausetana ha tomado el nombre la comarca: Osona. La dimensión social y económica de este pueblo fue notoria, a juicio de Tito Livio, quien por vez primera lo sitúa en el mapa. Es una civilización abierta, que comercia, conoce el arte de la guerra y los metales preciosos. Escribe. Vive fortificada y gusta de adornarse con joyas griegas. La influencia griega se acusa también en sus monedas, que toman como

modelo el dracma de Empurias. Eran denarios de plata en donde se podía leer la ceca que los acuñara: Ausesken. El jabalí es su símbolo.

El pueblo ausetano alcanza su plenitud entre el siglo V y finales del s.III a.C. Su obligada alianza con los cartagineses, impuesta por Aníbal a su paso hacia la conquista de Roma por tierras pirenaicas, los convierte en objetivo de Escipión el Africano.



El joven procónsul, elegido por Roma ante la catastrófica situación romana en Hispania, entra por Empurias y avanza por la nieve hasta sitiar la ciudad de Ausa. Pese al aislamiento, los ausetanos son un pueblo aguerrido, acostumbrado a los inviernos, y resisten 30 días con sus noches, hasta que Amusic, su caudillo, huye, dejando la ciudad sin otra alternativa que la rendición. Corre el año 205 a.C. Los ausetanos pagan caro su derrota: 20 talentos, una cifra nada despreciable con la que sanear las arcas imperiales.

Fuera de la capital, la suerte de los ausetanos no es mejor. En la fortaleza de L'Esquerda de Roda del Ter, cuyas ruinas son hoy su mejor legado, el pueblo guerrero cae junto con las murallas, a comienzos del siglo II a.C.

EN PRIMERA PLANA

La comarca de Osona, junto con el resto de la actual Cataluña, pasa a ser parte de la Hispania Citerior y, ya próxima nuestra era, de la Tarraconense.

Sobre el llano catalán rayan vías y regadíos. Verdes aceites y rojos vinos se enfrascan en ánforas que viajan hacia las mesas de Galia, Britania, Germania y Roma. La vía Augusta atraviesa Cataluña aprovechando las rutas naturales, desde Salses y La Jonquera hasta los territorios situados más allá del Ebro. Vic y Barcino son comunicadas por una calzada. En torno a la *villae* de los campos, (muy similar a las futuras masías) se desarrollan infraestructuras que multiplican la producción agrícola. Al cabo de los seis siglos de romanización toda la población habla el latín vulgar, que era la lengua universal del Mediterráneo. En la ciudad de Vic queda, de todo aquello, para siempre, un templo de seis columnas, mágicamente conservado.

En el siglo IV d.C el Imperio se está ya desmoronando. Las fronteras se agrietan. Al pedestal de los muchos dioses romanos se encarama la deidad única del cristianismo. La represión inicial del nuevo culto da lugar a los primeros mártires, que la Iglesia no tardará en incorporar a su santoral. En esos tempranos días, el papel de la Iglesia africana es decisivo. San Cucufate y san Félix son, ambos, de origen africano. San Cucufate, sant Cugat en catalán, evangelizó Barcelona, procedente de Cartago y sant Feliu, Gerona. Ambos fueron martirizados y asesinados por orden del emperador Diocleciano. La suscripción popular del cristianismo, no obstante, es imparable y obliga, muy pronto, a Constantino a legalizar su práctica y, poco después, a Teodosio a proclamarla religión del estado.

Ya están los visigodos en Tolosa, se reparten el litoral de la Tarraconense. No será por mucho tiempo; apenas un cuarto de siglo después, en el 506, los francos les han puesto en fuga. Del otro lado del Pirineo las cosas son distintas. Los visigodos se han hecho con el poder, estableciendo su reino en Toledo. La huella de su cultura guerrera apenas si modifica los rasgos de una población ya muy romanizada. Los puertos catalanes viven tiempos de agitado comercio. El cristianismo prosigue su avance.

Por mar han ido llegando, como consecuencia de la persecución romana en su tierra natal, los primeros judíos. En los puertos hay también gentes griegas y sirias.

LAS TRINCHERAS DE LA MONTAÑA

Barcelonés, Lleida, Tarragona y Tortosa son, desde el 711, tierra del Islam. La ocupación del territorio que, a partir de este momento se llamará *al-Tagr l-Ulú*, se prolongará durante cuatro siglos. La herencia de aquellos años ha sido históricamente poco apreciada, pero, si se da crédito a la profesora de Estudios Árabes e Islámicos, Dolors Bramon, hubo un tiempo en que la mayoría de la población catalana practicaba la religión musulmana. La influencia de la cultura del sur impregnó el lenguaje, la vestimenta y los gustos culinarios.

Algunos viejos textos revelan que, ya en tiempos de intolerancia cristiana, para evitar ser denunciados por los vecinos a la Inquisición, los ciudadanos musulmanes camuflaban el olor de las especias en la cocina, quemando lana de colchón y raspas de sardina. La mayor heredad árabe, no obstante, en la ciudad de Vic, irá curtiéndose despacio y no dará fruto hasta siglos después, cuando la ciudad se convierte en una de las mayores curtidurías de la península Ibérica.

Antes de aquello, La Plana era, en esos años de lides, un territorio muy inestable. Estratégicamente muy interesante para los carolingios era, tanto o más, indispensable ruta para los musulmanes que tenían el propósito de instalarse en la Galia. De todo ello resultó que musulmanes y visigodos se aliaron, a este lado de los Pirineos, contra los francos. Las refriegas constantes que siguen obligan a los nativos de Vic y alrededores a cobijarse en las montañas.

Atraer otra vez a la población huida y a gentes de otras tierras hacia La Plana no fue fácil. Las buenas razones de una relativa calma no convencían a nadie. La ciudad había quedado muy maltrecha y aunque los litigios entre invasores habían cesado, tendrían que transcurrir centurias para que Iglesia y Señorío, nuevos amos de la tierra, superasen sus interesadas discordias.



Como en otros puntos de la península, la repoblación fue llevada a cabo por decreto y empeño personal. En esta zona el mérito se debe a Guifré el Pilós, más conocido por Wilfredo el Velloso, último conde de Barcelona bajo designio carolingio. El conde se hizo cargo del castillo y adjudicó la parte baja de la ciudad a la Iglesia. A favor de la cristiandad también fundó el Monasterio de Santa María de Ripoll, donde a la postre sería enterrado.

Es Velloso, así mismo, quien devuelve a Vic su obispado que, al igual que los títulos señoriales, será propiedad de la familia noble que esté en condiciones económicas de pagar su elevado precio.

Algunos aldeanos bajan entonces de las superpobladas montañas. Les siguen los campesinos de las estribaciones, quienes acuden a la llamada de la cristiandad con la esperanza de ser terratenientes, (empeño por el que habrán de librar una larga lucha contra la maleza y la tiranía feudal). La Cataluña Vieja, en muchos lugares, desolada, ve poco a poco, verdear el trigo, abrirse senderos, oye otra vez el canto de los gallos. Pollinos cargados de leña cruzan el río Méder por el puente románico de Queralt. El humo de cientos de nuevos hogares serpentea. A final del siglo XII la ciudad cuenta con unos 3.000 habitantes.



En Vic, los Montcada y el obispado se reparten la ciudad, lo que no alivia las tensiones sino, al contrario, las prolongará durante casi un siglo más, hasta que una de las dos partes, el obispado, vende a la corona su partida.

El suceso tiene lugar en el año 1315. Mientras tanto, la gran infraestructura defensiva, que guarda la urbe de posibles asaltos exteriores, ha ido levantándose con cargo a la corona. El primer cercado, del siglo XII, marca el contorno a seguir por la recia y espléndida muralla que, dos siglos más tarde, financiará Pere III, a lo largo de cuyos lienzos fueron dispuestas cuarenta torres vigías y siete portales de entrada.

SEÑORES DEL CIELO Y DE LA TIERRA

Roda, roda, moliner,
Si el molí no vol rodar,
el rei no en podrà menjar.

El llano y la serranía son otros a partir del siglo IX, como consecuencia, entre otras razones, de la aplicación de algunos ingenios tecnológicos. El molino hidráulico, ya datado en época helénica, mejorado por los romanos, y cuyo origen todavía no ha logrado establecerse, es una de los mecanismos claves de la Europa feudal. Pero las transformaciones, que en esta época sufren los artilugios hidráulicos, no son tanto consecuencia de mejoras técnicas, como del efecto de un nuevo orden social que desea controlar la producción. Idéntica razón explica el avance del cultivo de trigo y vid, el impulso del pastoreo, así como el retroceso de la antiquísima economía basada en la explotación de los productos montaraces (bellotas, leña, miel...).

En Baleares y Cataluña se evidencia una intención monopolística respecto a la explotación de los molinos. Muchos aldeanos de la zona no tienen más remedio que moler el grano y hornear el pan en las instalaciones señoriales, previo pago en moneda, grano u hogazas.

EL NACIMIENTO DE CATALUÑA

“**F**ue hacia 1144-1149, cuando, quizá, -afirma el medievalista José Ángel García de Cortázar- se produjo el definitivo nacimiento de Cataluña. En un doble sentido. Espacial, porque, por entonces, se concluyó, con la incorporación a manos cristianas de Lérida y su tierra, y Tortosa y la suya, el mapa político de Cataluña.

Y, sobre todo, socio-lingüístico porque, también por entonces, aparecen bautizados por vez primera como catalanes los habitantes residentes en ese espacio al que, poco después, va a empezar a llamarse Cataluña.”

Cataluña es ya nación y Vic oficialmente ciudad. Muy populosa, por cierto. A ella acuden con género gentes de toda la comarca. Masoveros con sus legumbres, hortalizas y pollos. Panaderos, cuchilleros, herreros, tejedores, con las mercancías recién salida de sus talleres y fraguas. Prestamistas judíos dedicados al cambio de moneda francesa y árabe, y al préstamo. La plaça del Mercadal es un ferial donde semanalmente puede encontrarse casi de todo, incluso telas tunecinas, pieles de los Países Bajos, maderas preciosas y otras joyas de ultramar que los mercaderes vigatanes traían a la vuelta de sus expediciones comerciales. Lo más demandado de Vic por los asistentes a la feria, no obstante, era el calzado de cuero y los productos salidos de las tenerías.

El “*Libro de Sepulturas*” de su catedral registra entre los difuntos, contabilizados en el último cuarto del siglo, más de un centenar de zapateros. Las noticias acerca de la industria del cuero en Vic la presentan, junto con Valencia, Gerona, Igualada y Barcelona, como una de las capitales de la industria curtidora.

Tras de ella hay toda una tradición de origen árabe, perdurada por gremios judíos, que, a menudo, enfrenta a oficianes de una asombrosa variedad de artesanías del cuero, que van del zapatero al tapicero pasando por los guarnicioneros o los guadamacileros, encargados de realizar la delicada decoración de badanas llegadas de lugares ignotos para adornar las paredes de palacio.

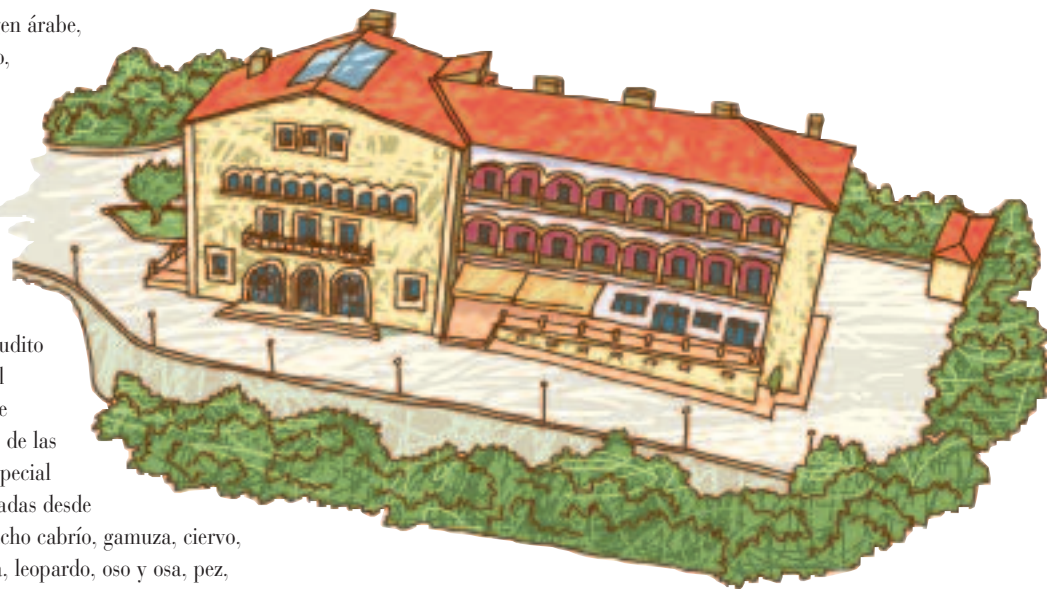
Ya el genial mallorquín Raimundo Lull, erudito honradísimo en els Països Catalans, por ser el primero en escribir en la lengua neolatina que pronto se identificará como catalán, se ocupa de las pieles en su *Llibre de les Bèsties*, poniendo especial interés en detallar las materias primas empleadas desde finales del siglo XII: oveja, cabra, carnero, macho cabrío, gamuza, ciervo, buey, caballo, asno, conejo, liebre, león, zorra, leopardo, oso y osa, pez, serpiente, lobo, elefante, jabalí, gato, perro, ratón y rata.

Pero retornemos a Vic. Nos hallamos ante una ciudad luminosa, abastecida de productos de la más diversa procedencia y de mercaderes con relatos de tierras lejanas. Una ciudad fabril, especialmente a orillas del río, donde cada gremio, en su gueto, aprovecha el agua. Una metrópoli medieval vibrante en la que se usa con fruición la moneda. Con escuela catedralicia, gremios y cofradías, mejoran rápidamente las condiciones de vida de todos sus habitantes, especialmente de la burguesía. Los buenos tiempos se truncan, sin embargo, con la peste negra, los terremotos y las hambrunas que reducen la población a la mitad. Los supervivientes empiezan a mirar con malos ojos la prosperidad de los judíos y no tardan en tomar sus calles y asaltar sus casas. En el año 1391, a la par que en Barcelona, la aljama de Vic es desmantelada, y, con ella, todos los judíos reconocidos.

DESPUÉS DE LOS SIGLOS NEGROS

La capital de La Plana no volverá a ser la misma. Durante los tres siguientes siglos la ciudad no levanta cabeza. Ni los logros obtenidos por los campesinos después de la Guerra de los Remensas, ni los nuevos derechos concedidos a cuantos se establecieron en la ciudad, ni las nuevas medidas sanitarias y urbanísticas adoptadas para combatir la mortalidad (construcción de fuentes limpias y de la llamada muralla del morbo) lograron devolver a Vic la antigua vitalidad. Rebotes de peste, riadas, bandolerismo y hasta brujería (llegaron a colgarse hasta cincuenta mujeres acusadas de prácticas demoníacas) arremetían una y otra vez contra la población.

El modesto crecimiento registrado en estos años experimenta un verdadero impulso a partir del siglo XVIII. La vieja ciudad medieval da paso a una población ordenada según patrones racionalistas. Las murallas se echan abajo. En su lugar discurren amplias ramblas. La ciudadanía se renueva con la incorporación de inmigrantes franceses. El aire de la Ilustración va haciendo florecer decimonónicos ateneos del arte y la cultura: La voz de Monserrat, La Gaceta de Vich, la Sociedad Arqueológica, el Círculo Literario, el Museo Episcopal y los genios poéticos y filosóficos de Verdaguer y Balmes, salidos ambos del Seminario de Vic.



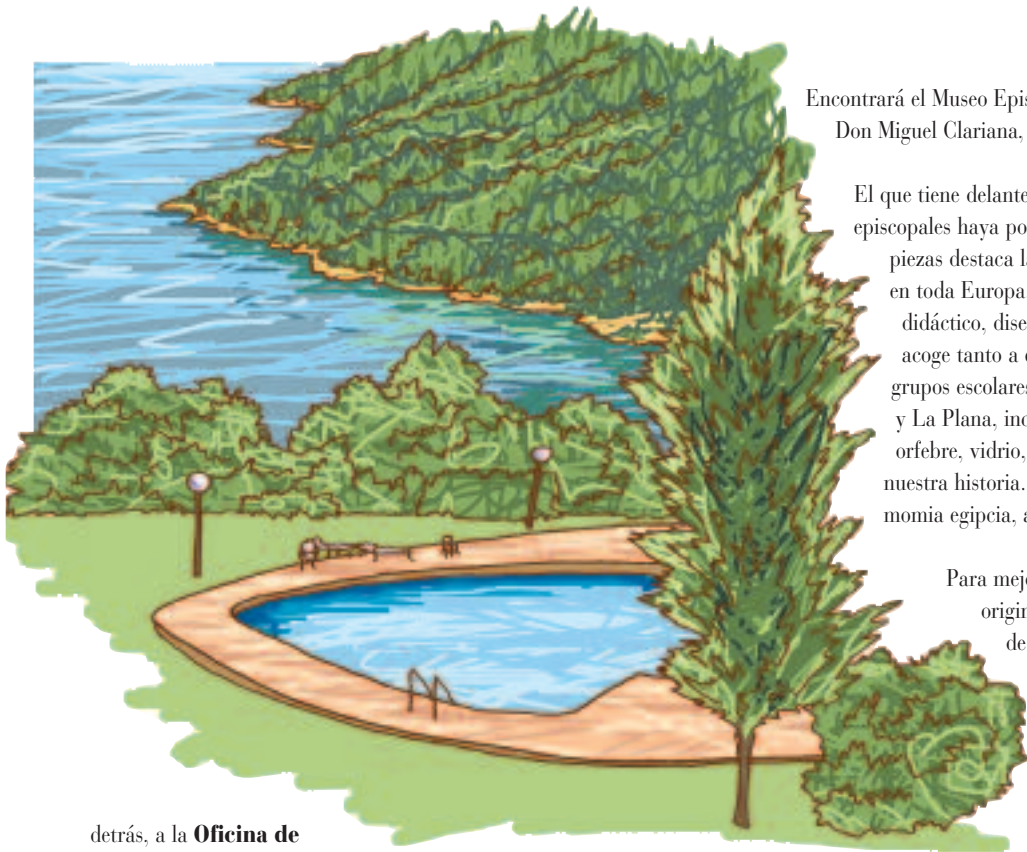
Llega el ferrocarril, la electricidad, el siglo XX, la Guerra Civil, la recuperación democrática de los legítimos derechos y de la lengua. Ahora Vic es una ciudad universitaria con productivas industrias y un censo de casi cincuenta mil habitantes.

VISITA A LA CIUDAD: VILLA DE LAS MARAVILLAS

El trecho que separa el Parador de la población de Vic no supera los catorce kilómetros. Allí nos dirigimos. El pantano acompaña al viajero hasta Roda, donde tomamos la salida hacia Vic. En Roda nos detendremos más adelante, una vez hayamos recorrido la capital de la comarca, para contemplar los restos más antiguos del pueblo que originó toda la región, los ausetanos. La sierra de las Guillerías, que abraza el embalse, impregna de tinturas mediterráneas el bosque.

Vic es una ciudad grande, universitaria, de tradición religiosa. Hasta ella acude cada año un importante número de turistas, amantes del románico, del encanto medieval y también del modernismo, la buena mesa y la artesanía. La ciudad ofrece casi de todo. Seguir la costumbre de abrir la villa por la plaza es, en este caso, una fórmula muy acertada. El **Mercadal**, o plaza del mercado, nos sitúa en el meollo histórico de la ciudad, allá cuando a Vic acudían (como en el presente cada martes) los payeses a vender sus vituallas. A diferencia de otras plazas mayores, cargadas de elementos urbanos, la de Vic sorprende al forastero por su limpieza y su vastedad asilvestrada y elegante a un tiempo. La cuadratura que la circunscribe reúne, en un mismo plano, arquitecturas divergentes, diacrónicas. Los llamativos contrastes del modernismo contraponen aquí sus paradigmas plurales, en las **Casas Comella**, con fachada esgrafiada y crestería, **Costa**, y **Cortina**, con los barrocos de las **Casas Tolosa** y **Moixó**.

Nos hallamos en el casco medieval, considerado la sexta maravilla patrimonial de Cataluña. Son numerosos los ejemplares arquitectónicos dignos de admiración diseminados por las calles, en el periplo que a continuación emprendemos, en dirección sureste. En la misma salida de la plaza puede obtenerse información sobre la ciudad, en el Ayuntamiento, alzado sobre cimientos góticos, pero es preferible rodearlo y dirigirse, justo



Encontrará el Museo Episcopal bajando desde la mencionada plaza de Don Miguel Clariana, por la bajada Erame, hacia el sur.

El que tiene delante supera, sin duda, cuantas colecciones episcopales haya podido contemplar en España. Entre sus miles de piezas destaca la **colección de escultura medieval**, sin igual en toda Europa. Entre y compruébalo. Es un museo muy didáctico, diseñado conforme a las últimas tendencias, que acoge tanto a estudiosos de arte, medievalistas, turistas, como a grupos escolares. Los fondos, en su mayoría, procedentes de Vic y La Plana, incluyen material muy diverso, textil, cerámico, orfebre, vidrio, pintura, de prácticamente todos los periodos de nuestra historia. Entre sus joyas arqueológicas hay incluso una momia egipcia, aunque ésa es otra historia.

Para mejor valorar el museo, hemos de remontarnos a sus orígenes, año 1868, fecha en que un grupo de amantes de la cultura, creyentes y laicos, unieron sus fuerzas para iniciar una colección arqueológica artística que muy pronto obtendría el reconocimiento internacional gracias a su exhibición en la Exposición Universal de Barcelona, de 1888. El éxito empuja de inmediato al obispo Josep Morgades y a una serie de promotores particulares a la fundación del museo. El edificio que ahora lo acoge fue terminado en el año 2002 por los arquitectos Correa y Milà.

Frente al museo, la **catedral**, otro museo, en realidad, si consideramos que, pese a sus varias reformas, conserva elementos arquitectónicos románicos, góticos, barrocos, y pinturas y esculturas del siglo XX. El actual templo, terminado a principios del siglo XIX, aprovecha el románico de la fachada original, las arquivoltas de su portada principal y del campanario. De las dos plantas que forman el claustro es la baja, abierta a la sala capitular, la primeramente construida, consagrada en el año 1360.

Dentro, lo más antiguo, instalado en el muro de la girola, es el **retablo mayor**, del siglo XV, obra de Pedro Oller.



detrás, a la **Oficina de Información y Turismo**. Allí

nos pondrán al corriente de las actividades propias de la época, de los horarios de los museos y de las muy recomendables visitas guiadas.

CLASICISMO Y MODERNISMO

La mayor reliquia de la ciudad es el **templo romano**, en un estado de conservación tan perfecto que resulta inverosímil. Caminemos por la calle Canyelles los escasos metros antes de convertirse en la calle Cardona, que conduce en línea recta hasta la plaza de don Miguel Clariana. El soberbio edificio romano no nos pasará inadvertido, ahora que ya no se guarece tras los muros del castillo de los Montcada, que lo mantuvo, como patio de palacio, fuera del alcance de la vista, hasta finales del siglo XIX.

He aquí la explicación a su intacta facha. Se trata de un edificio del siglo II de nuestra era, de seis columnas de capiteles corintios y podium con escaleras. Lo flanquea, por delante, la **capilla de la Piedad** y, por el lado más occidental, un muy significado enclave de la cultura de Vic, la **Casa Masferrer**. Allí tuvo su tertulia y su sede la asociación literaria de la que formó parte Jacinto Verdaguer.

En esa misma dirección, si el viajero ha madrugado y va holgado de tiempo, encontrará aún otros rastros del pasado, alguna que otra casa, iglesias, conventos, pero sobre todo, la muralla que levantó Pere III para mantener sana y salva la población.

MUSEO EPISCOPAL Y CATEDRAL, PARA DEVOTOS Y PAGANOS

Ha llegado el momento de realizar las dos grandes visitas: el **Museo Episcopal** y la **catedral**, lo que muy bien puede llevarnos casi media jornada. El forastero no se hará idea de la magnitud de lo que de inmediato va a conocer hasta que no se halle inmerso en su recorrido.

Pero, acaso por el contraste respecto del marco que lo acoge, lo más celebrado de la iglesia sean sus pinturas, obras del magistral **José María Sert**, posiblemente el último gran muralista Español, y uno de los más apreciados internacionalmente en vida. La alegoría de la Redención que aquí puede verse ocupó al pintor los cuatro años comprendidos entre 1926 y 1930. En el centro del claustro se encuentra la escultura de Jaime Balmes Urpía, esculpida a mediados del siglo XIX por José Bover, con el que la ciudad homenajeó a su teólogo y filósofo.

Justo frente a la catedral, si al viajero le quedan ganas, hay dos hermosas casas, la de **Anita Colomer** y la **Casa Bayès**, ambas firmadas por el modernista Josep M. Pericas. La Casa Bayès, sin embargo, como advierte el viajero, es mucho más antigua, del siglo XV; todo un tesoro, donde tuvo su sede la Universidad Literaria, desde 1599 hasta finales del año 1717. A partir de aquí, la calle Escola es el camino más corto hasta la plaza Mayor donde reponernos del paseo y concluir el recorrido por el casco antiguo.

OTRAS COSAS QUE VER EN VIC

Aún hay dos cosas fundamentales que ver en esta ciudad. Una es su **Museu de l'Art de la Pell**, (C/ Arquebisbe Alemany, 5), que recluta muy diversos objetos revestidos de piel decorada: sillas de montar, arcones, arquimesas, butacas, máscaras, todos ellos de procedencia muy diversa y una gran variedad en su técnica artesana, como el *guadamecí* o el *cordobán* (piel de cabra de gran calidad).

La otra impresión de la que el viajero no debe privarse es la contemplación de "**Las Bodas de Camacho**", el conjunto que Sert realizara entre el año 1929 y 1930 para la decoración del comedor del Hotel Waldorf Astoria de Nueva York. Eso, si las autoridades municipales vicenses han llegado a un acuerdo con el banco propietario de los lienzos para que no se los lleven a su sede madrileña.

EXCURSIONES: EN LAS INMEDIACIONES DE RODA DE TER

■ Sant Pere de Casserres

Es un monasterio cluniacense románico declarado Monumento Histórico Artístico. En su origen estaba rodeado por una muralla que lo defendía. La torre se avista desde lejos y protagoniza lo que queda del claustro. La reciente restauración permite disfrutar ahora plenamente de la hermosa arquería de medio punto que se conserva.

El viajero encontrará el monasterio con facilidad, está muy cerca del Parador. Junto al Pantano de Sau, en un meandro del río Ter.

Hay sendero señalizado para realizar la excursión a pie, lo que no supone más de tres horas (ida y vuelta), a paso tranquilo y con paradas. El acceso en coche es posible, siguiendo el desvío a la izquierda del edificio que hospeda al viajero. Distante unos cinco kilómetros. Hay aparcamiento y cafetería.

■ L'Esquerda en Roda de Ter

El pueblo de Roda, de escasos 5.000 habitantes, vivió de la industria textil durante muchas décadas. Ahora ofrece al visitante la indispensable visita a su Museo Arqueológico (C/ Bac de Roda, 6) que colecciona materiales arqueológicos procedentes del antiguo poblado ausetano, y de los habitantes que después allí dejaron su huella. Conviene coordinar la visita al yacimiento con el museo para sacar el máximo provecho, ya que hay restos de diferentes épocas: algunos del s. VIII a.C., del poblado fortificado ausetano y también de un enclave medieval. Se encuentra a apenas 200 metros del centro del pueblo. Está abierto únicamente dos horas al día, miércoles, viernes y fines de semana, en distintos horarios, según la temporada.

Roda cuenta, también, con un par de iglesias y un puente gótico de buena traza.

GASTRONOMÍA: EL DELEITE DEL SALCHICHÓN SUPREMO

Aseguran los estudiosos, que nació la fórmula del renombrado **Salchichón de Vic**, como medio de conservar la carne, en el siglo IV. A partir del siglo XV el salchichón aparece en los papeles. Hoy la industria del histórico salchichón está repartida entre las 28 poblaciones que tienen el derecho a elaborarlo, privilegio sustentado en la tierra y el aire, agentes responsables de las nieblas abundantes, y suaves corrientes que obran el prodigio de su curación.

En Vic deben intentarse catar las **Setas (Robellones, Trufas, Rossinyols, Ceps, Moixernons, Fredolics)**, las **Hortalizas** en general y las pequeñas **Judías del Collsacabra**, en particular, así como la **Patata de Bufet**, de texturas cárnicas. Entre las carnes, **Cerdo, Pato y Conejo**.

Entre los pescados, **Bacalao**. De los platos típicos hay muchísimos, recomendamos: **Escudella con Carn d'Olla**, la **Olla Remenada**, la de **Sopa de Pan o de Tomillo** y la de **Sopa Tostada con Albóndigas**. No deje escapar, el buen comensal, la **Butifarra con Judías**, los **Parcellets de Col**, ni el **Arroz con Conejo y Habas**.

A los **Postres**, tiene donde elegir, entre el dulce **Pa de Pessic de Vic** (Bizcocho) o la **Naranja Mora**.

En cuanto al **Vino**, no perdamos de vista los clásicos, aquí, por derecho, **Penedés**; caldos fenicios modernizados y cuya variedad vinífera tiene como base uvas **Parellada, Xarello, Macabeo, Riesling, Subirat Parent, Chardonnay, Sauvignon blanc, Chenin y Gewurztraminer**, por mencionar sólo las que dan lugar a blancos.

LA RECETA SECRETA

■ CONEJO CON PERAS, SETAS Y PASAS

Ingredientes:

(para 4 personas). 1 conejo. 2 cebollas. 300 gramos de rossinyols. Un manojo de zanahorias. 2 dientes de ajo. 2 tomates medianos. 4 peras de agua. 100 gramos de ciruelas pasas. 1 vaso de blanco (Penedés). Laurel, cantueso y pimienta blanca y sal.

Elaboración:

Para que el plato tenga gusto, hay que macerar la carne el día anterior, bien empapada en coñac, pimienta, ajo y vinagre. Hecho lo cual, y ya dispuestos a meterla en los fogones, salpimentamos las tajadas para freírlas, sin timidez, en un fuego vivo. Cuando estén doradas, reservamos. Aprovechamos el sabroso aceite para hacer otro tanto con las verduras (cortadas, claro está) y por orden de dureza, es decir primero las setas, seguido de la cebolla... Una vez rehogadas las verduras añadimos el vino blanco que dejamos cocer hasta que reduzca. Si se quiere presentar tierno y salseado, añadir agua y otro poco de tomate triturado con el pellizco de sal y azúcar. Al cabo de 10-15 minutos a fuego tranquilo, verter sobre las tajadas. Entonces añadir las peras peladas y las ciruelas pasas dejando que se impregnen de la salsa, a fuego muy lento, otros 10 minutos.



PARADOR DE VIC-SAU

Paraje El Bac de Sau. 08500 Vic. Barcelona
Tel.: 93 812 23 23 - Fax: 93 812 23 68
e-mail: vic@parador.es

Central de Reservas

Requena, 3. 28013 Madrid (España)
Tel.: 902 54 79 79 - Fax: 902 52 54 32
www.parador.es / e-mail: reservas@parador.es

Textos: Juan G. D'Atri y Miguel García Sánchez. Dibujos: Fernando Aznar